



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO RYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

TOMBOUCTOU

EL boulevard agitábase, bañado por el sol poniente. El cielo, rojo, cegaba, y detrás de la Magdalena una inmensa y encendida nube arrojaba oblicuamente sobre la avenida un vapor sofocante, como las emanaciones de un brasero.

La muchedumbre, alegre, bulliciosa, moviéndose bajo aquella nube inflamada, parecía representar una apoteosis. Dorábanse los rostros; los sombreros negros y los trajes de varios colores tomaban reflejos purpurinos; las botas resplandecían con fulgores de llama sobre el asfalto de la calle.

Delante de los cafés, muchos hombres tomaban bebidas, coloreadas de tal modo, que parecían piedras preciosas fundidas en los vasos de cristal.

Entre los parroquianos, vestidos con ropas ligeras y oscuras, destacaban dos militares, hiriend

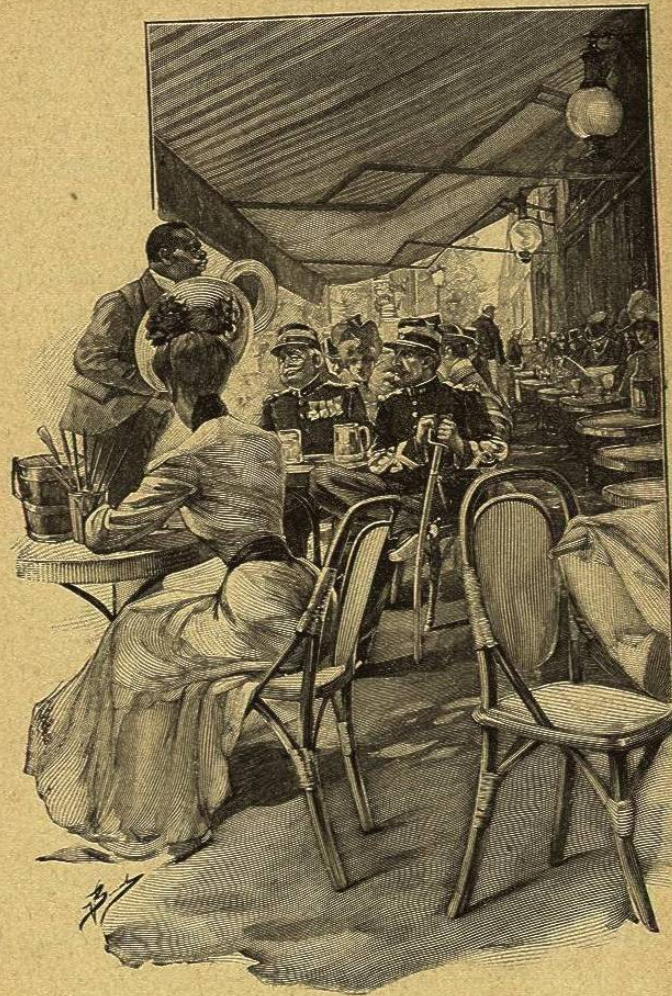
los ojos del transeúnte con sus galones deslumbrantes. Hablaban, alegres sin motivo, entre aquella expansión de vida, entre aquella irradiación fastuosa de la tarde, observando á la gente que pasaba: los hombres fatigados, las mujeres apresuradas que dejaban tras sí un perfume insinuante y provocador.

De pronto, un negrazo enorme, con traje negro, luciendo sobre su abultado vientre gruesa cadena con muchos colgajos, pasó con aire triunfal, sonriendo á todo el mundo, á los vendedores de periódicos, al cielo esplendoroso, á París entero. Era tan alto, que asomaba su cabeza por encima de todas las cabezas, y á su paso, todos los curiosos volvían los ojos para contemplarle por la espalda.

Pero de pronto, viendo á los militares, aproximóse á ellos bruscamente, atropellando cuanto se interpuso en su camino; y cuando estuvo junto á su mesa, les dirigió una mirada de contento, y su boca entreabrióse de oreja á oreja, mostrando los dientes blanquísimos, claros como un creciente de luna sobre un cielo encapotado. Los dos militares, algo sorprendidos, contemplaban á aquel gigante de ébano, sin adivinar el motivo de su alegría.

El negro exclamó con entonaciones que hicieron reír á todos los presentes:

—Buenas tardes, mi teniente.



Uno de los militares era comandante y el otro coronel.

Y el primero dijo:

—No le conozco á usted, caballero.

El negro añadió:

—Yo sí le conozco á usted, y le aprecio mucho, teniente Vedié. ¿Recuerda el sitio de Beziers? Muchas uvas; las llevaba yo.

El oficial, sin orientarse con estos datos, miraba fijamente al hombre, buscando en el fondo de sus recuerdos; de pronto exclamó:

—¿Tombouctou?

El negro, radiante, comenzó á reir con inverosímil violencia, golpeándose las rodillas y balbuceando:

—Sí, sí; mi teniente reconoce á Tombouctou; le reconoce ya. Buenas tardes.

El comandante le tendió la mano, riendo también mucho y de buena gana. Entonces Tombouctou se puso muy serio, cogió la mano del militar, y sin que pudiera éste impedirlo, se la besó, según costumbre de negros y de árabes. Molestado, el comandante le dijo con voz severa:

—Vaya, Tombouctou, aquí no estamos en Africa. Siéntate y dime cómo llegaste aquí.

Tombouctou estiróse, luciendo más la curva

fenomenal de su vientre, y dijo muy de prisa:

—Gané mucho dinero, mucho; gran *restaurant*, buenas comidas, mucho robado á los prusianos, mucho; cocina francesa; yo, Tombouctou, *cocinero del emperador*; doscientos mil francos de beneficios. ¡Ah, ah, ah, ah!

Y reía como un loco, y sus ojos resplandecían de satisfacción.

Cuando el militar, divertido con su extraño lenguaje, le hubo interrogado varias veces, despidióle diciéndole:

—Bien, Tombouctou, hasta la vista.

El negro se levantó, estrechando la mano que le tendían, y riendo sin cesar dijo:

—Buenas tardes, muy buenas tardes, mi teniente.

Y se fué; tan satisfecho, que al andar gesticulaba como un loco.

El coronel preguntó:

—¿Quién es ese bruto?

Y respondió el comandante:

—Un honrado mozo y un valiente soldado. Voy á contarle á usted lo que sé de Tombouctou; es cosa divertida.

*
*
*

»Al principio de la guerra nos vimos bloqueados en Beziers. Las filas prusianas nos envolvían por todas partes, no poniéndose jamás á tiro de cañón, imposibilitando nuestra defensa y haciéndonos perecer de hambre.

»Entonces yo era teniente. La guarnición estaba compuesta por elementos de todas clases; restos de regimientos destrozados, desertores, vagabundos; teníamos de todo, hasta once turcos, llegados una tarde, nadie sabe cómo, nadie sabe de dónde. Habíanse presentado á las puertas de la ciudad fatigados, rotos, hambrientos y borrachos. Me los encomendaron.

»Pronto comprendí que se mostraban rebeldes á toda disciplina, siempre de correrías y siempre alborotados. Traté de corregirlos castigándolos, metiéndolos en el calabozo. Todo fué inútil. Escapaban y desaparecían durante días enteros, como si los hubiese tragado la tierra, y volvían cayéndose de borrachos. Nunca tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo? ¿Y qué?

»Esto empezó é intrigarme vivamente, tanto más cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa constante y su carácter alegre, infantil.

»Descubrí que obedecían ciegamente al mayor de todos, al que acaba usted de ver. Les ordenaba á

su antojo, preparaba las misteriosas empresas como jefe poderoso é indiscutible. Hablé con él; nuestra conversación duró tres horas, pues no era fácil traducir su galimatías, aun cuando el pobrete hacía esfuerzos inauditos para hacerse comprender, inventando palabras, gesticulando, pasando la pena negra, secándose el sudor que le corría por la frente; respiraba resoplando, callaba y proseguía bruscamente cuando imaginaba descubrir un nuevo recurso de expresión.

»Adiviné al fin que era hijo de un importante jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombouctou. Le pregunté su nombre, y me dijo algo así como Chavaharibouhalikhranafotapolara. Me pareció más sencillo llamarle como á su país: Tombouctou, y á los ocho días toda la guarnición le llamaba con este nombre.

»Pero teníamos vivos deseos de averiguar á dónde iba á emborracharse aquel príncipe negro. Yo lo descubrí de un modo curioso.

»Estando una mañana en las trincheras observando el horizonte, vi un bulto que se deslizaba en una viña. La uva estaba ya en sazón, cosa que yo no sabía, y por consiguiente no se me ocurrió que un soldado hubiera salido á coger uvas. Imaginé que un espía se acercaba cautelosamente á la ciudad,

y organicé la caza del vagabundo, poniéndome al frente de un destacamento, con autorización del general.

»Hice salir por tres puertas diferentes grupos de soldados que debían converger hacia la viña sospechosa y cercarla. Para cortar la retirada al espía, uno de los grupos vióse obligado á andar más de una legua. Un hombre puesto de centinela sobre la muralla, me indicaba por señas que el vagabundo no había dejado su puesto. Nos acercamos con mucho sigilo, agazapados, arrastrándonos casi por las veredas. Al fin, llegamos al sitio designado y desplegué bruscamente á los míos, que registraron ansiosos la viña, descubriendo á... Tombouctou atracándose de uvas, mordiendo los racimos como un perro, con ansia, con voracidad.

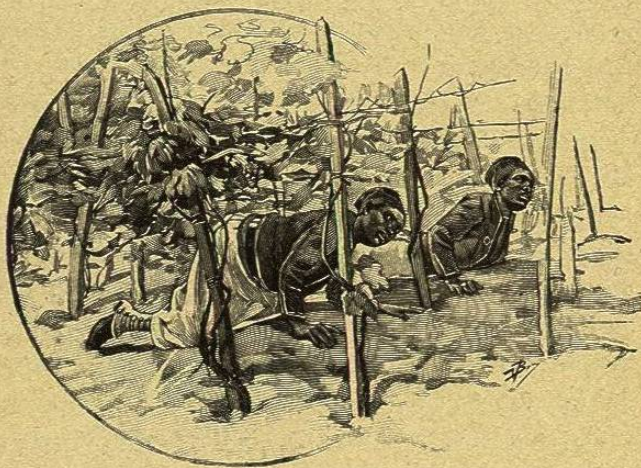
»Quise que se levantara y no le fué posible. Comprendí entonces por qué andaba de rodillas y apoyando las manos en el suelo, de cepa en cepa. Cuando á viva fuerza le puse de pie, osciló un instante, y tendiendo los brazos, cayó de bruces. Estaba completamente borracho.

»Mandé que lo llevaran á hombros, y no dejaba de reír, gesticulando con brazos y piernas, durante todo el camino.

»Ya estaba descubierto el misterio; los malditos

bebían en la uva fresca, y cuando no se podían tener, dormían allí mismo su borrachera.

»El amor de Tombouctou por la viña era invencible y no podía compararse á nada. El negro vivía



entre las cepas como los tordos, á los que odiaba como á rivales celosos. Y repetía sin cesar:

»—Los tordos comen toda la uva; ¡indecentes!

* * *

»Una tarde fueron á buscarme. Se distinguía en la llanura algo que se aproximaba. No teniendo yo mi

anteojo, veía mal. Hubiérase dicho que una serpiente monstruosa dirigiase hacia nosotros; acaso era un convoy; ¿qué sabía yo?

»Envié algunos hombres á explorar, y bien pronto entraron triunfalmente con la extraña caravana. Tombouctou y nueve de sus compañeros llevaban una especie de altar hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cortadas, y siete caballos atados cada uno á la cola del que le precedía.

»Me dijeron que habiendo salido como siempre á las viñas, vieron acercarse á un villorrio un destacamento prusiano. En vez de huir, escondiéronse los turcos, y cuando los oficiales se apearon frente á la posada para descansar, los once borrachos, apareciendo como fieras, pusieron en fuga á los hulanos, que se creyeron atacados por fuerzas superiores, mataron á dos centinelas, más al coronel y á los cinco oficiales de su escolta.

»Aquel día le dí un abrazo á Tombouctou. Pero noté que apenas podía andar; le creí herido, y me dijo riendo:

»—Son provisiones; botín.

»Porque Tombouctou no peleaba por la gloria, sino por la ganancia. Todo lo que encontraba, todo lo que á su juicio podía tener algún valor, con preferencia todo lo que brillaba, se lo metía en los bol-

sillos. ¡Qué bolsillos! Un abismo que principiaba en la cadera y acababa en la pantorrilla.

»Había arrancado los galones de los uniformes prusianos, el cobre de los cascos, los botones, etc., guardándolo todo en sus bolsillos, que rebotaban.

»Constantemente recogía cualquier objeto reluciente que hallara, pedazos de estaño y monedas de plata; esto le daba con frecuencia un aspecto muy gracioso.

»Esperaba llevárselo todo al país de los avestruces, de los cuales parecía hermano aquel hijo de rey, torturado por la necesidad de acaparar objetos relucientes. Si no hubiera tenido sus enormes bolsillos, ¿qué hubiera hecho? Tal vez tragara entonces lo que fuese recogiendo, para guardarlo en su estómago.

»Cada mañana estaban sus bolsillos vacíos. Tenía, pues, un depósito, un almacén para sus riquezas. Pero ¿dónde? Nunca pude averiguarlo.

»El general, advertido de la hazaña de Tombouctou, mandó enterrar los cuerpos que habían quedado insepultos en el villorrio próximo para que no se descubriese que fueron decapitados. Los prusianos volvieron allí al día siguiente, fusilando al alcalde y á siete vecinos principales, por represalias,

creyéndolos denunciadores de la presencia de los alemanes.

*
*
*

»Llegó el invierno. Estábamos fatigados y desesperados; nos batíamos á diario. Los hombres, hambrientos, no podían andar. Solamente los ocho turcos (tres habían perecido) estaban gordos y relucientes, vigorosos y dispuestos á luchar á todas horas. Tombouctou hallábase más orondo que nunca.

»Un día me dijo:

»—Mi teniente sufre hambre y á mí siempre me sobra comida.

»Y, en efecto, me presentó un magnífico filete.

»Pero ¿de qué? No teníamos bueyes, ni corderos, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse carne de caballo. Pensé muy detenidamente en todo eso cuando hube devorado mi ración, y una idea horrible me asaltó. ¡Aquellos negros eran oriundos de un país donde se come la carne de hombre! ¡Y caían diariamente tantos soldados alrededor de la ciudad! Pregunté á Tombouctou; no quiso contestarme. No insistí, pero rechacé sus obsequios desde aquel día.

»Tombouctou me adoraba. Una noche nos sor-

prendió en la vanguardia una nevada. Estábamos sentados en el suelo. Yo miraba piadosamente á los pobres negros, firitando bajo aquellos copos blancos y helados. Sintiendo el frío comencé á toser. Pronto cayó sobre mí algo como una caliente y amplia envoltura. Era el capote de Tombouctou, que su dueño ponía en mis espaldas.

»Me levanté y le devolví la prenda.

»—Abrígate, muchacho; lo necesitas más que yo.

»Y él respondió:

»—No, no, mi teniente; para usted. Yo no lo necesito; tengo calor, calor.

»Y me contemplaba con ojos suplicantes.

»Insistí.

»—Obedece: ponte otra vez tu capote; yo lo mando.

»Entonces el negro se levantó, desenvainando el sable, que llevaba afilado como una hoz, y cogiendo en la otra mano el capote, dijo:

»—Si no se pone usted mi capote, lo corto á pedazos; yo no he de ponérmelo.

»Y como era tan obcecado, cedí.

*
* *

»A los ocho días capitulamos. Algunos habían podido escapar. Otros fueron á entregarse á los vencedores.

»Me dirigí hacia la Plaza de Armas, donde debíamos reunirnos, y quedé asombrado ante un negro gigantesco vestido de blanco y con sombrero de paja. Era Tombouctou. Irradiando satisfacción se paseaba frente á una tiendecilla, donde se veían de muestra dos platos y dos vasos.

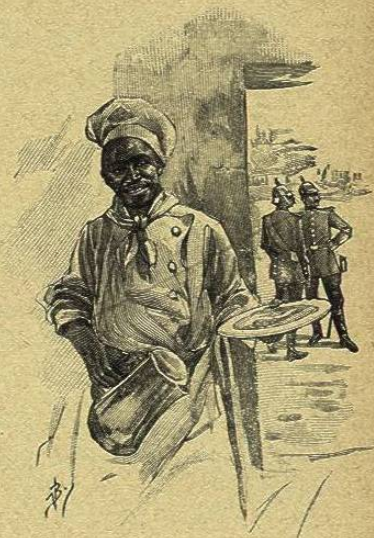
»Entonces le dije:

»—¿Qué haces ahí?

»El contestó:

»—Yo no tuve hambre; soy buen cocinero; he comido carne de prusianos; he robado mucho, mucho.

»Helaba. Temblé de frío sólo al mirar aquel traje de hilo blanco. Entonces Tombouctou, cogiéndome del brazo, me hizo entrar, mostrándome un inmenso letrero que no quería poner en la fachada hasta



que los franceses desalojáramos la ciudad; tenía cierto pudor.

»Y leí, trazado en grandes caracteres por la mano de algún cómplice, el siguiente rótulo:

COCINA MILITAR DE Mr. TOMBOUCTOU

ANTIGUO COCINERO DE S. M. EL EMPERADOR

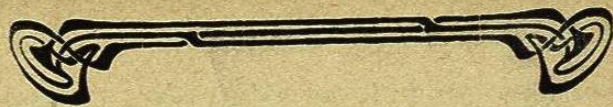
Artista de París. — Precios módicos.

»A pesar de mi tristeza profunda, reí al ver á mi negro metido en tal negocio.

»¿No era mejor dejarle allí que obligarle á confundirse con los demás prisioneros?

»Ya ve usted cómo ha sabido entenderse y hacer fortuna.

»Beziers pertenece hoy á los alemanes. El *restaurant* Tombouctou es el principio de nuestra venganza.»



HISTORIA VERDADERA

SILBABA furioso el viento; un viento de otoño, abrumador y obstinado, que arranca las últimas hojas de los árboles y las hace volar hasta las nubes.



Los cazadores acababan de comer, animados y satisfechos. Eran gentes de Normandía, medio señores, medio campesinos, ricos y vigorosos, acostumbrados á sujetar por los cuernos á los bueyes en las ferias.

Habían cazado todo el día en las posesiones del señor Blondel, alcalde de